El Jäeger

Alberto Caramés

Capítulo 1

I

¡Huye, corre y escóndete! Que de él no hay escape;

Te persigue eternamente, ya que mora en tu inconsciente;

Se materializa cuando tus miedos y temores emergen;

De tu imaginación él vive y se entretiene;

Pero no te confíes, es real y le gusta devorar;

Al Jäeger no le podrás enfrentar;

Grande como un león o, pequeño como un ratón;

En tu peor temor, él se transformará;

Cuando la niebla opaqué aún más la oscuridad;

Un grupo de lobos oirás aullar;

Solo cuando lo veas detrás, sabrás que ha llegado tu juicio final…

II

Comenzamos con el niño Lucas, perderse en el bosque era su mayor temor;

A los extraños árboles y sonidos, él le tenía pavor;

¿Pero qué le podía ocurrir sí su familia le acompañaba en un día de emoción?;

Era inconsciente de que el cazador le había puesto como el tenor de su canción;

Inocente y despreocupado, el chico se adentró a la maleza con su hermano;

Anduvieron y caminaron, estaban disfrutando como en vacaciones de verano;

El sol ya se ponía, era hora de regresar;

El joven insistía, su miedo comenzaba a aflorar;

«Vamos con mamá y papá, este lugar me empieza a asustar»;

«Aún es temprano, vamos a divertirnos un poco más»;

Jugaron y rieron, de gran cantidad de estrés se desprendieron;

Los árboles se hacían más densos con cada andar;

La brisa y las bestias comenzaron a sonar;

Sin embargo, no recordaban, cual era el camino por el cual debían transitar;

Sonido de cuervos, ululó de búhos, aullidos de lobo, el fin de aproximaba al ritmo de un solo;

La luna no brilla, las estrellas no iluminan, estás atrapado en la guarida del monstruo;

¿Das pasos en círculos?, solo estás a merced del asesino furibundo;

Los árboles se veían todos iguales, unos más pequeños, otros más grandes;

Ojos amarillos y brillantes los miraban intranquilos desde las sombras;

Lucas atemorizado, se aferra a su hermano, quien le mira con sus ojos blancos;

Se asusta y se aparta, la nuca de su hermano gira y se arranca;

El infante huye atemorizado, una risotada invade el espacio;

No hay salida, no ve ninguna luz, comienza a imaginarse lo peor;

Un gran árbol ve a la distancia en un claro, cree que le protegerá de los malvados;

Esta llegando, mientras se aproxima, detalla un lago;

Finalmente, los ruidos de muerte se dispersan, estaría a salvo lejos de la maleza;

Pero el tronco al que acude, le suelta una mirada;

"¡Madre mía, un rostro se ha formado, vaya pasada!";

Raíces del suelo le absorben sus piernas, ramas del cielo le atan con firmeza;

El miedo lo absorbe, se nubla su mente;

Espinas lo cortan, pétalos le ahogan;

Enterrado bajó matorrales, él yace por siempre…

III

Anaís era una chica simpática, recatada y tranquila;

Juiciosa y de su casa, no le gustaban las andanzas;

Sus amistades eran escazas, pero, era feliz viviendo su vida calmada;

Solitaria y alegre, la persona que muchos quieren;

Lo que se desconocía es que ella tenía un secreto que, se reservaba con infinito recelo;

Había un juego que a ella le gustaba y, a los espíritus con el contactaba;

Tablero y vaso en mano, ella todas las noches con los malvados platicaba;

Se encerraba en su cuarto, para que nadie la molestara;

Una pregunta se hacía en dos, otra más se convertía en tres;

Y así continuaba, sin parar hasta el amanecer;

Cierto día peculiar, la muchacha moreteada a su clase arribó;

Sus compañeros y su profesor no podían adivinar que le ocurrió;

«No es nada, es solo un golpe y nada más»;

Preocupado y alterado, su mejor amigo le espetó sin reparo;

«Dime que te ha ocurrido, ¿ha sido un pedófilo pervertido?»;

Tanto fue la insistencia que ella le compartió lo que ocultaba;

«Un ente malvado ansía mi cuerpo y mi alma»;

El sol se ocultó, la aciaga noche penetró;

Acompañando a su amiga, valiente él la animó;

«Contacta con él otra vez, no nos va a sorprender»;

Preguntaron y cuestionaron, sobre su destino indagaron;

El demonio su nombre les reveló, era tanto terrorífico como atroz;

Los libros de las estanterías cayeron empujados;

La puerta se trancó y la posesión comenzó;

Las palabras que emitía propiciaban pavor, su voz era mórbida, como ser atacado por un gorrión;

«Que valiente eres, dulce querubín de casa, ahora ve y acaba con su estancia»;

Ella, controlada por la voz de su captor, él, mutilado sin parangón;

Liberó su mente de la humillación, y a su horror, final le mostró;

Asesina y despiadada, no tendría entrada al paraíso de las almas;

Repleta en sangre y presa de la culpa;

Anaís se suicidó dejando un mensaje;

«Nunca juguéis a la ouija con Jäeger, ansiara derramar tu sangre…»

IV

¿Qué surge de la combinación de padecer de talasofobia y una cita obligada en la playa?;

A Hugo le gustaba mucho una muchacha, quien era hermosa y refinada;

Como una estrella iluminando una noche despejada;

Le gustaba divertirse y reír a grandes carcajadas;

Solía salir con sus amigos cada fin de semana;

Le invitó a un paseo que haría su grupo, a las costas de Puerto Vallarta;

Al principio se cuestionaba, pero, al imaginarse en su cama, pudieron más las ganas;

Tras tres horas de viaje, su malestar apenas iniciaba;

Solo asomarse por la ventanilla generaba desvaríos y turbaba su mirada;

Su misión era impresionar a Diana, ansiaba besarla y toquetearla;

Debía arriesgarse a enfrentar sus miedos, ella a lo profundo del mar se embarcaba;

No podía alcanzarla, con cada paso que daba, sentía que ella más se alejaba;

Finalmente dejó de sentir la firme arena que le sostenía;

Presa de depredadores y criaturas, él sería victima;

«Todo esta en mi mente», se dijo intentando compadecerse;

Fue en balde, atraería a un ser agresivo y omnipotente;

Sediento de miedo, hambriento de deseo;

El Jäeger con tentáculos de pulpo le arrastró al averno;

El agua le penetró durante el camino, pronto su cerebro se quedó sin oxígeno;

Fue hallado el cuerpo de Hugo, el enamorado, en la entrada de su casa, vestido y arreglado;

Luciendo un saco de lo más elegante, fino moño al cuello y rosa en el bolsillo;

Sin embargo, lo que más lucía era algo que no encajaba con sus fachas;

Un papel pegado a su frente rezaba, «los próximos seréis quienes lean esta carta…»